

*"Vivir es cambiar, y ser perfecto es tener que cambiar a menudo"*, declaró el Beato Cardenal John Henry Newman, el erudito británico del siglo XIX y que se convirtió al catolicismo romano.

El cambio está incorporado en la trama de toda una vida. Sin cambio hay solo la muerte. Sin embargo, el cambio puede ser difícil. Cambio puede sacudir su mundo. Cambio exige una reorientación. A veces el cambio ocurre antes de que la nueva perspectiva que se presenta está adecuadamente en su lugar o puede verse completamente. Vemos hoy día esta tensión en la sociedad y en la iglesia.

Los demógrafos nos han estado diciendo que en el futuro de nuestro estado, como también en nuestra nación, en una generación o dos las personas no caucásicas constituirán la mayoría de los ciudadanos debido a que las tasas de nacimiento entre los caucásicos siguen disminuyendo y las olas de inmigrantes del hemisferio del sur, y del Asia continúan estableciéndose entre nosotros. Estos mismos demógrafos señalan que vamos a necesitar de encontrar formas ahora y en el futuro de cómo integrar a estas nuevas personas, ya que gran parte de lo que necesitaremos con respecto a servicios humanos dependerá de que haya personas capacitadas y educadas para proveerlos. Sin embargo, este cambio demográfico es una fuente de mucha tensión en este momento.

En la Iglesia existe un movimiento conocido como "La reforma de la Reforma", que busca restaurar formas de oración y veneración, enseñanzas y prácticas del período de tiempo que existía antes del Concilio Vaticano II, hace más de cincuenta años atrás. El papa Francisco es criticado mucho en algunos cuartos de la iglesia por sus intentos de llevar la iglesia a una comunicación con el mundo en vez de construir una fortaleza contra este.

En este segundo Domingo de Cuaresma, la Iglesia nos presenta en el Evangelio el tradicional relato del evento de la Transfiguración de Jesús. En su núcleo, la Transfiguración es sobre cambio, un cambio que es difícil, pero necesario. Pedro en el Evangelio fue cogido en la tensión de cambio—queriendo que las cosas permanecieran iguales y de querer saber que cambio está en marcha, así como nosotros también.

La Transfiguración es un momento de cambio, que es el umbral entre lo que era y lo que vendrá. Pedro, Santiago, Juan obtienen una visión de la plena verdad de la persona de Jesús—plenamente humano, completamente divino. No es que los discípulos no hayan

sentido algo especial en Jesús. Ellos simplemente no habían visto venir un cambio. No es que no hayan reconocido lo que un cambio podría parecer siendo discípulos de Jesús y sus implicaciones en sus propias vidas. Ellos se preguntan si están listos; si pueden manejar esto; y si están preparados para las consecuencias que seguirán después de este cambio.

Entonces, Pedro propone construir una tienda. Una tienda de campaña no es una estructura permanente, pero sí sigue siendo una estructura, algo que le da a Pedro algo más de tiempo, para sujetarse a algo que probablemente sabe que no se puede mantener, para atesorar una experiencia que pueda ayudarlo a través de la incertidumbre de lo que viene, para hacer frente al cambio, en Jesús y la perspectiva de un cambio en sí mismo. Pedro quiere que Jesús se quede; la memoria de quedarse—de la gloria, de la confirmación, de la seguridad. Sin embargo, Jesús con tacto, pero con insistencia, conduce a Pedro, a Santiago, a Juan y a nosotros a bajar de la montaña. En la misma forma que Abraham, Jesús los invita y los lleva a ellos a la promesa de un futuro vislumbrado no sólo de Su gloria, sino en última instancia la de ellos, pero sólo si están dispuestos a arriesgarse a salir en fe, de dejar irse, de cambiar, de morir a lo que es una esperanza de una promesa por venir.

Este Segundo Domingo de Cuaresma nos desafían con este mismo llamado de cambio. San Pablo nos recuerda que cambio implica una lucha: *"Comparte conmigo los sufrimientos por la predicación del Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios"*. Sin embargo, San Pablo también nos recuerda que somos *"sostenidos por la fuerza de Dios"*, el Espíritu Santo que se nos fue dado en nuestro Bautismo y sellado en la Confirmación, el Espíritu que llenó y guió a Jesús en Su vida llevándolo a través del cambio de la muerte a la gloria de la vida resucitada. El fin de semana pasado hablé sobre el robo de identidad. Este fin de semana estamos llamados voluntariamente a dar un paso adelante en fe, como Abraham, y a permitir que Dios trabaje una nueva identidad en nosotros mientras continuamos viviendo en medio del mundo. Nuestras prácticas cuaresmales de oración, ayuno y servicio están destinadas a cambiarnos, ayudándonos a ver con nuevos ojos, oír con oídos nuevos, actuar con nuevas manos, amar con nuevos corazones—para llegar a ser "completos", "perfectos", para vivir completamente en Cristo. *"Vivir es cambiar y ser perfecto es tener que cambiar a menudo"*. Oramos por la gracia de dejarnos que sea así.

Padre Jim Secora